



EL JUEGO DE LA OCA O A LOS 40 PORQUE NOS TOCA

Está ya visto que 1974 se nos viene con nostalgia. Voces agoreras y pelagerras están mandando al cuerno el cuerno de la abundancia. Oscuros profetas de tecnocráticos designios nos abren las carnes vocándolas a la sarna y a los sabañones. Sinistros zahories presagian horrores, erizándonos los pelos de las «cáptas» al conjuro del «boom» del piojo verde y del «crack» de la «renta per». Sibilinas videntes nos leen un negro porvenir de recuelo en los pardos posos de la achicoria.

De las odas al horizonte de los 80, entonadas por los más conspicuos «chantres» de la joven tecnocracia, estamos pasando a las endechas al horizonte de los 40, cantadas por los viejos rentistas de la nostalgia.

A la luz de un candel de carburo, marca Petromax, profetas, zahories, videntes, tecnócratas y nostálgicos nos iluminan el retorno de los aprendices de brujo, quienes nos traen en sus zurroneos el inventario de nuestra ya inminente tercera juventud. Nos traen los gasógenos, las cartillas de racionamiento, los ayesos de Pepe Blanco, el estraperlo, los colilleros, Isabel la Católica, las rifas de un kilo de tocino, la Niña de Fuego, esa a quien no había quien le apagara los ardores por culpa de la pertinaz sequía, las señoritas de Pídux y el señor de Bilbao, el gracioso del teatro Martín que salía al proscenio gritando: «se ha perdido un bocadillo de tortilla; se gratificará a quien lo devuelva por ser un recuerdo de familia», las deliciosas vicetiples aquellas que tenían un muslo que parecían dos, los atildados poetas que rascaban testimonialmente sus lirras por Garcilaso y otras bucolias, las recomendaciones y las licencias de importación, el idealismo, que, como se sabe, ni se crea ni se destruye, sólo se transforma...

¡Pues qué bien! Este va a ser nuestro año, el de los cuarentones. ¡La de rejuvenecidas canas que vamos a echar al aire! Que las están peinando «camp». Se van a enterar los «inn».

¡Lo que hay que ver! Quién nos iba a decir que estos señores tan serios, los banqueros, los industriales, los tecnócratas, que parecían llevar tan eficazmente de la oreja a la sociedad de consumo, estaban entreteniéndose en jugar a la oca...

Y dicho esto, feliz año 1974, y que ahí nos las den todas, y a quien no se las den, San Pedro se las bendiga.

SAL A VER



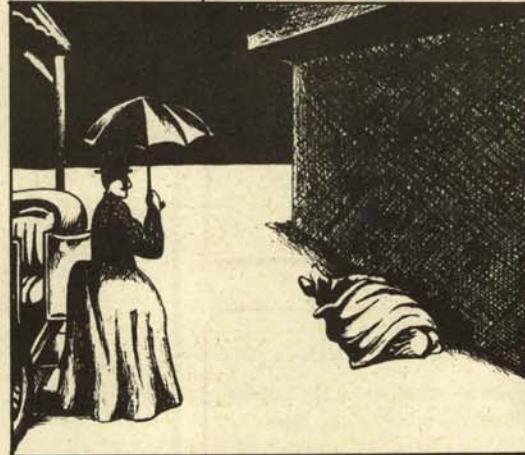
Una ciudad cualquiera ...
una noche cualquiera ...



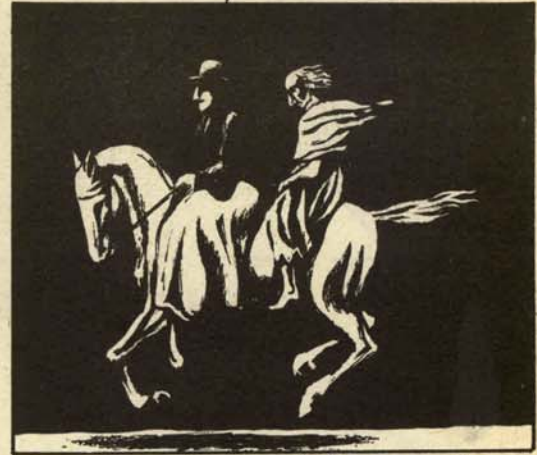
... nevaba



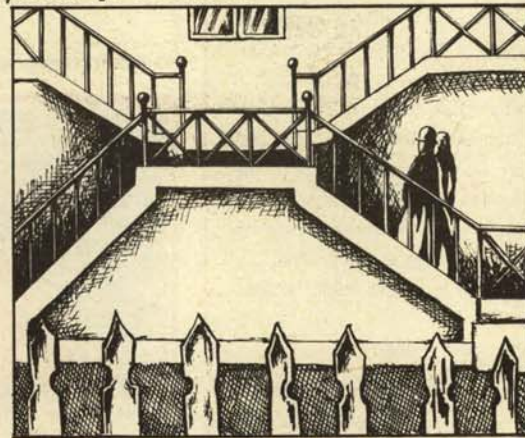
un pobre dormía en una esquina.



Un auto se detuvo y un caballero de noble porte se le acercó.



"Ven conmigo hermano" dijo y montaron sobre un caballo blanco.



Pronto llegaron a una elegante mansión.



El caballero le presentó a su familia,



A nadie se le escapa que yo, de seis a siete, leo todos los días a Jean Jacques. No a Jean Jacques Schreiber, que está pasado de moda, sino a Jean Jacques Rousseau. Fue el primero en dudar de que los pastores tuviesen una naturaleza superior a la de las ovejas, como se venía creyendo. Mucho antes de que los periódicos descubriesen en Madrid el primer "affaire" inmobiliario, Rousseau escribió que "en Madrid hay salones soberbios, pero pocas ventanas que cierren herméticamente". Esta cita está en "El



UN SOMBRERAZ

Contrato Social". Aunque la lucha contra los administradores de fincas la inició Santa Teresa en Avila, como consta en su libro de las "Fundaciones", es de admirar que Rousseau alzase la chapuza inmobiliaria española hasta las páginas de su célebre tratado. Lo mismo podría haberse referido a las grijerías destartadas, a los desgües, a los tejados y por ahí adelante. Y eso que Rousseau no conoció el progreso que vino después. A medida que las ciencias positivas creaban en Europa la civilización, los españoles iban creando la civilización de la chapuza. Es una civilización igual que la otra, pero que no funciona, una civilización de fósiles recién hechos, cosas que se desarreglan misteriosamente y que se arre-